

ESPEJOS FEMENINOS DE LA MUJER MEDIEVAL¹

José Miguel LÓPEZ VILLALBA

Catedrático de Universidad de Paleografía y Diplomática
Departamento de Historia Medieval y Ciencias y Técnicas Historiográficas
Facultad de Geografía e Historia. UNED

Resumen: El desarrollo ordinario de la vida femenina en la Edad Media transcurría entre la monotonía, el aburrimiento y la falta de esperanza, debido a su posición social poco favorecida en un mundo dominado por los varones. En esas circunstancias aparecieron una serie de mujeres, generalmente religiosas, que contribuyeron a mejorar el mundo interior del colectivo femenino, con una serie de obras literarias en las que aportaron algunas maneras de entender el Amor supremo. Por medio de aquellos libros ofrecieron a la comunidad femenina una salida en forma de luz al final del camino, transformándose en un espejo donde las mujeres podían contemplar su situación de desidia a la vez que vislumbraban nuevas soluciones, gracias a la lectura y al conocimiento de sus teorías que estuvieron a la vanguardia de la intelectualidad del momento.

Palabras clave: Mujeres; Místicas; Edad Media; Escritoras; Cultura.

Abstract: The ordinary development of feminine life in the Middle Ages just flowed among monotony, boredom and lack of hope, due to their disadvantaged social rank in a world ruled by men. Under those circumstances, a number of women, generally religious, appeared. They contributed to improve the inner world of the feminine collectivity with a series of literary works, in which they provided different ways of understanding the highest Love. It was through those books that a way out as a light at the end of the tunnel was offered to the feminine community. That was a kind of a mirror on which they could contemplate both their indolence situation together with the foresight of new solutions, just as a result of reading and the knowledge of their intellectual cutting-edge theories at the time.

Keywords: Women; Mystic; Middle Ages; Writers; Culture.

1. El presente artículo corresponde a la conferencia: “*Espejos femeninos de la mujer medieval*”, impartida en el Acto de Inauguración del Curso 2019-2020 celebrado en el Aula Universitaria de Ejea de los Caballeros, anexa al Centro Asociado de la UNED de Calatayud, el día 21 de noviembre de 2019.

San Pablo en la Iª Carta a los Corintios, 14-34, hizo unas manifestaciones por medio de las cuales forja la idea de que: “*Mulieres in ecclesia taceant, non enim permittitur eis loqui sed súbditas esse sicut et dicit lex*”. En efecto, las mujeres deben callar en las iglesias porque debido a la tradición y a la ley no les estaba permitido hablar en dichos recintos. Este dictamen, como otros muchos, fue impuesto al sexo femenino, pero no solo por la Iglesia, sino por diferentes grupos de poder, de modo que, repetidos y compartidos por casi todos, consiguieron que durante largo tiempo la historia oficial fuese una historia de hombres.

A la mujer, como grupo social, se le impuso una norma de silencio y reclusión, de ausencia misma, que significaba la cara visible de su imagen histórica. La Historia se construyó por medio de perfiles masculinos: caza, gobierno, guerra, trabajo fuera del hogar, y un largo etcétera, en el que destacaría el aspecto cultural. Es por ello que esta disertación intenta rescatar la presencia de la aportación femenina en el mundo de la escritura, no solo en el ámbito periférico de los circuitos marginales, sino en la secular labor que representa la construcción de la Historia de la Cultura.

Una de las facetas principales del conocimiento de la Cultura se puede conocer a través de la escritura, respondiendo a las clásicas preguntas: ¿Quién? ¿qué?, ¿cómo? y ¿cuándo?, se escribe. Pero si nos quedamos en estos primeros peldaños del conocimiento, se puede llegar a un entendimiento inconsistente, de tal suerte que se consigue generar una idea ágil, pero inexacta, representada, en este caso, a través de un grupo de mujeres que se divierten o entretienen escribiendo sobre el amor gentil. Pero nada de esto es cercano a la realidad, sino que se ha de hablar de mujeres de elevado nivel intelectual que trabajan para la Cultura, por medio de la literatura más enaltecida que proviene de su concepto del sacrificio personal, del estudio y de la mística.

En su mayor parte, son mujeres que tienen que ver con el mundo religioso, las más de las veces reducido a su convento o beguinato. Efectivamente, las damas que serán objeto de nuestra atención pertenecen a ambientes geográficos y sociales muy pequeños. Afortunadamente, el tiempo propició que su obra se fuera extendiendo por medio de círculos concéntricos y alcanzase una transcendencia que llegó a sentirse incluso fuera de los reductos intelectuales más selectos y profesada por muchas mujeres de ámbitos muy diferentes.

De entre todas las mujeres dignas de ser espejo se ha elegido un selecto grupo, aunque lógicamente reducido y diferenciado por la temporalidad medieval. En primer lugar aquellas mujeres que suponen lo más granado de las llamadas Trovadoras de Dios, que situaríamos en la zona de Flandes-Renania en los siglos de la Plena Edad Media. Entre ellas destacaríamos a Hildegarda de Bingen, Beatriz de Nazareth, Matilde de Magdeburgo, Hadewijch de Amberes, María de Francia y Margarita Porete. A continuación se han seleccionado dos mujeres de los siglos finales de la Edad Media, Cristina de Pisán e Isabel de Villena, pertenecientes a mundos diversos, la una seglar, la segunda religiosa, pero una y otra muy similares en sus objetivos hacía el logro de la magnificación del amor a lo Supremo por medio de su pluma. En ambos casos, nos ilustrarán sobre su modo de afrontar y abanderar la vanguardia intelectual, que todavía hoy en día resulta sorprendente.

En el primero de los grupos, encontramos mujeres que profesaron como religiosas de órdenes aceptadas oficialmente por la Iglesia, pero del mismo modo des-

cubrimos fémimas que adoptaron un camino de entrega a la sociedad y en al amor hacía Dios que no siguió la vía habitual sino lo que se vino en llamar: movimiento beguinal. Dicha corriente religiosa estaba compuesto principalmente por mujeres no profesas, es decir que no tenían realizados los votos perpetuos. Fue una corriente similar a las tendencias de reivindicación de la pobreza de los franciscanos, o de los “umiliati” del norte de Italia. Lo habitual era que fuesen solteras o viudas y, aunque procedían generalmente de grupos nobles o burgueses, llevaban una vida de ascetismo, de oración y de trabajo. Su ideología acabó siendo un refugio para todo tipo de mujeres pobres que deseaban servir a su comunidad sin pasar por el convento. Los grupos tenían a su cabeza a una maestra que ejercía de superiora y se comprometían a una vida plena de oración y austeridad. Sus actividades se llevaban a cabo en el interior y en el exterior de los muros de su comunidad. Ocupaban su tiempo por medio de la realización de trabajos manuales, bordar, hacer dulces, atención a los viajeros, cuidado de enfermos y peregrinos, preparación de los sudarios de los difuntos, junto con múltiples actividades laborales y religiosas que demuestran su entrega de amor hacia los más necesitados de la comunidad.

En nuestro camino comenzaremos por Hildegarda de Bingen, avanzada de ese extraordinario movimiento intelectual. Hildegarda, nació en 1098 en la localidad de Bermeshein, ubicada en el valle del Rhin. Su linaje mantenía una posición económica de carácter medio alto, lo que no impidió que, al nacer la última de diez hijos, su familia considerase la conveniencia de entregarla como diezmo a la Iglesia. Por ello, desde muy corta edad fue donada para ser consagrada a la actividad religiosa.

Su primer destino estuvo en el castillo del condado de Spanheim, donde Jutta, hija del conde, prohijó a Hildegarda y comenzó una instrucción en todos los temas referentes a la Iglesia, los rezos o el conocimiento de las Sagradas Escrituras. Cuando cumplió 14 años se trasladaron juntas al monasterio de Disibodenberg. Dicho monasterio era masculino, pero gracias a sus enormes dimensiones se mantenía un espacio diferenciado para las religiosas benedictinas, a modo de pequeño convento.

Al cabo de unos años tomó el voto en la regla benedictina, aunque continuó bajo la educación que le otorgaba su maestra. Allí siguieron juntas hasta la muerte de la religiosa Jutta de Spanheim, ocurrida en el año 1136. En aquella circunstancia, ya con una edad de 38 años, fue elegida abadesa para dirigir la comunidad de monjas del convento y de este modo poder tener autonomía respecto al colectivo masculino.

Es de reseñar que Hildegarda nunca escribió su biografía, sino que fue el monje Theoderich de Echternach quien recogió sus vivencias y testimonios, gracias a los cuales podemos saber que desde su infancia tenía coloristas vivencias por las que veía resplandores que le hacían temblar. A partir del año 1141 las visiones aumentaron en número, y en varias de ellas recibió la orden de narrar todo lo que veía, debido a lo cual surge su principal obras: El *Scivias* o “*Scire Vias domine*”, que tardó casi diez años en completar.

Hildegarda no tenía claro si debía hacer públicas sus visiones, por ello escribió a Bernardo de Claraval que la apoyó con todas sus fuerzas en esta y otras empresas de su vida. Llegado el año 1148 un comité de teólogos se manifestó favorable respecto al *Scivias*. El papa Eugenio IV opinó durante el Sínodo de Treveris, realizado por aquellos años, que el *Scivias* era obra del Espíritu Santo.

Tras la aprobación de las altas autoridades de la Iglesia pudo Hildegarda comenzar una labor literaria extensa y de gran calidad que se completó con la trascendental y numerosa correspondencia que mantuvo con personajes claves de la época que continuamente le pedían consejo, y entre los que se han de destacar Bernardo de Claraval, Federico I Barbarroja, Enrique II de Inglaterra o Leonor de Aquitania.

En el año 1148 abandonó Disibodenberg y se trasladó, junto con su comunidad, a un lugar apartado donde pudiera llevar adelante su obra monástica sin interferencias. Finalmente acabó en Rupertsberg, lugar de la tumba de San Rupert, con dos docenas de monjas. Gracias a su amistad con el emperador Federico I, consiguió que este le concediese un edicto de protección imperial para dicho monasterio. En 1165, debido a las muchas vocaciones despertadas por la extraordinaria luz que despedía Hildegarda, tuvieron que trasladarse al cercano convento de Eibingen, que se hallaba vacío. Allí vivió hasta su muerte en 1179. En los años siguientes fue cuando el monje Theodorich escribió su “*Vita*”, que ha servido como gran fuente de datos para reconstruir su trazado vital.

Es el momento de hacer un repaso muy somero a la profunda obra de Hildegarda. Se ha de comenzar por el *Scivias*. A lo largo de tres libros describe cerca de treinta visiones en las cuales se tratan temas tan interesantes como la Iglesia, los Sacramentos, el Juicio Final o la Creación. Del mismo modo se puede señalar el “*Liber vite meritorum*” que, escrito entre 1158 y 1163, representa un tratado moral donde la autora describe los vicios materiales y los enfrenta a las virtudes espirituales. Es un compendio muy gráfico por medio del cual representa los vicios como monstruos que tienen parte humana y parte maléfica. Se debe destacar igualmente el “*Liber Divinorum opera*”, escrito a una edad avanzada, entre 1163 y 1173. En este texto profundiza en la cosmología que estructura el Universo por medio de una serie de parangones con el cuerpo humano, lo que lleva a la alabanza de Dios como creador de los cimientos del Cosmos. Igualmente escribió un manual acerca de los conocimientos de la Medicina, que tituló: “*Liber subtilitatum diversarum naturarum creaturarum*”, que fragmentó en diferentes temáticas.

No podemos olvidar su obra más original, que trata sobre la primera lengua artificial conocida, que dio a conocer en el escrito: “*Ignota lingua per simplicem hominem Hildegardem prolata*”. La complementó con un alfabeto que poseía 23 letras nuevas, aunque con ciertas características de las letras latinas y griegas. Juntamente debemos señalar sus obras hagiográficas sobre San Disibodo y San Ruperto: “*Viti Sancti Disibodi*” y “*Viti Sancti Ruperti*”, es decir, sobre las advocaciones los dos monasterios que habitó.

Merece un ámbito especial su obra melódica. Un mundo de sensibilidad que ella creó para ser práctica común en su convento y que justificaba como alabanza de Dios. Es un amplio conjunto de diferentes piezas musicales, entre las que hay antifonas, sinfonías, himnos y secuencias. Dichas obras son interpretadas en las iglesias de los Países Bajos.

En definitiva estamos ante una pionera de la intelectualidad femenina llevada al extremo, por medio de la escritura y la música, que acomete como manifestación y transmisión gráfica de sus visiones y que desarrolla como alabanza de Dios creador desde la perspectiva del amor íntimo femenino. Una gran ensayista que ha estado

silenciada casi por ocho siglos y que hoy se manifiesta como una de las mujeres más influyentes de la Edad Media.

Continuaremos con Matilde de Magdeburgo. Esta sugestiva mujer nació entre 1207 y 1210 en la diócesis de Magdeburgo en el seno de una familia acomodada donde debió recibir una buena instrucción, tal y como testimonia su estilo literario y su extenso conocimiento del ideal cortés. No obstante es poco probable que fueran de origen noble, pero con toda seguridad pertenecería a un grupo urbano de ocupación mercantil.

Cuando cumplió 20 años dejó una vida relajada al lado de su grupo familiar para responder a la llamada de Dios y entró en una comunidad de beguinas. Abandonó la tranquilidad de una vida relajada, por la pobreza y la ayuda al prójimo, y fue en esa nueva existencia donde encontró la felicidad. Durante los primeros años solo desempeñó trabajos de escasa relevancia ocultando a todos las gracias excepcionales de las que era objeto, hasta que acabó por encomendarse a su confesor Henry de Talle, quien la apoyó para que redactase todas sus ideas. El trabajo se concretó en un libro que se llamó: “*La luz resplandeciente de la Divinidad*”. Una labor de gran calidad realizada por medio de una serie de poemas cortos y largos, que se alternan con trozos de prosa narrativa ritmada.

Matilde expresa, por medio del lirismo con que confecciona todos los elementos de su trabajo, su profunda experiencia mística en unas escenas dialogadas entre Dios y el alma; entre Dama Alma y Dama Amor, y finalmente, entre otras figuras alegóricas, tales como Felicidad, Constancia, Pena o Alienación de Dios. Evoca tanto el purgatorio y el infierno, con los demonios que lo habitan, como la alegría inefable de la unión con Dios.

En nombre mismo de la Iglesia critica acerbamente la decadencia del clero, la del imperio, o incluso la de la orden dominica que es, posiblemente, lo que hizo atraerse la animadversión de ciertos medios y fuertes enemistades clericales. Es por ello que se cree que en un intento por huir de las calumnias y las persecuciones abandonó el beguinato y se retiró, con más de 70 años al convento cisterciense de Helfta, junto a la abadesa Gertrudis de Helfta.

Respecto a su obra, está dividida en siete libros, el último de los cuales se escribió en su retiro final, en los que habla del retorno del alma a su ser original en Dios, tema profundo de la obra. Es este tema el que vincula a Matilde de Magdeburgo con otras autoras, como Beatriz de Nazareth, Hadewich de Amberes o Margarita Porete. No debemos dudar que fue en la tradición cisterciense y albertina donde se encuentra la elucidación de la transferencia a Matilde del gran tema neoplatónico y patristico del retorno de nuestra naturaleza original en Dios.

A continuación se detallarán dos opiniones de escritoras contemporáneas. Por la primera, dice Emile Zum: “Que Matilde se cuenta entre aquellas mujeres que han hecho avanzar la historia hacia una modernidad respetuosa con la persona, pues preludia el fin del pensamiento medieval y el advenimiento de la espiritualidad moderna, es decir, la primacía de la voluntad que viene a socavar, en Dios como en el hombre, la primacía tradicional del intelecto”

Hildegund Keul, en la introducción de un ensayo recientemente dedicado a esta gran intelectual, ha dicho que debido a esta manera expresionista de manifestar el

amor sus escritos fueron motivo de profundos y turbulentos debates durante la Edad Media. Igualmente opina que, actualmente, su obra no es una reliquia que se conserve para ser admirada a través de un cristal, sino que la poesía y la mística de Matilde ofrecen una rica fortuna lingüística que en los últimos años se ha redescubierto y explotado de nuevo. Nos manifiesta que su libro no solo es un tesoro literario, sino que toma la palabra en la Teología, y despierta el interés en los estudios feministas, para finalizar diciendo: “*La mística de Matilde llama la atención, su vida provoca la curiosidad y su poesía fascina*”.

Para finalizar con las místicas destacadas en los siglos centrales de la Edad Media, se ha elegido la figura de Margarita Porete, nacida en Hainaut, zona fronteriza entre Francia y Bélgica, hacia 1250. Desde muy joven tuvo inclinaciones religiosas que finalmente la llevaron a la práctica del beguinato. En el desarrollo de este estilo de vida encontró una forma de existencia donde aprender originales formas de comprensión del amor espiritual. Allí alcanzó la intuición de las corrientes místicas que propugnaban la fogosidad de un tipo de amor que no plantease condición alguna, excepto la de dejarlo todo.

Con el paso del tiempo reunió sus teorías en un libro al que puso por nombre: “*Espejo de las almas simples*” que presentaba como estructura del discurso la técnica del diálogo que se produce entre Dama Alma, Dama Amor y Razón en busca del amor incondicional. Un maravilloso análisis de las fuerzas de la pasión infinita manifestadas como ejemplo de enseñanza teológica, hecha en femenino y enseñada por una mujer.

El libro a pesar del título, que pudiera inducir a un desliz en sus intenciones, era de un alto nivel de complejidad y pretendía la búsqueda de un camino, donde el amor en libertad podría alcanzar la meta de sus ilusiones, de sus esperanzas y anhelos. Un propósito que se reduce a alcanzar el amor perfecto, amar el Amor, es decir amar a Dios. Todo ello por medio de un deseo desmesurado de unión con Dios que no desea que se pierda con rezos, ni con prácticas sacramentales, o con la realización de ciertas obras que no aportan la libertad de poder venerar a Dios negándose a sí mismo.

Margarita planteaba unos axiomas que en aquellos momentos suponían un elevado riesgo para las personas que los mantenían y los difundían. La Iglesia oficial se opuso frontalmente a todas estas manifestaciones de nueva mentalidad y las atacó con todas sus fuerzas, debido a que las revelaciones que Margarita Porete patrocinaba parecían atacar sin respeto a las estructuras de la Iglesia y su manera de entender el amor Divino. De este modo, tras años de persecución se decidió la condena unánime del Espejo. El obispo de Cambrai, Guiu de Colmieu, ordenó la quema pública del mismo en la plaza de Valenciennes, al norte de Francia.

Además de esta pena, que en realidad suponía una humillación intelectual, se prohibía a la mística Porete cualquier tipo de predicación en lugares religiosos o civiles, y del mismo modo se le negaba, bajo la pena de excomunión, la posibilidad de escribir y hacer difusión de sus ideas. Ante estas y otras prohibiciones optó por no obedecer e incluso buscó apoyo entre las altas instancias de la Iglesia, entre ellos el obispo de Chalons sur Marne, lo cual no le sirvió de mucho, porque después de algunos años fue detenida en 1308. A continuación, se inició un largo pleito que fue llevado personalmente por el dominico Guillaume de París, a la sazón Inquisidor General.

Tras numerosos autos judiciales el pleito derivó hacía la lectura y análisis de diferentes capítulos del Espejo. Un grupo de veintiún teólogos fijaron su docta mirada en cada una de las líneas del libro y acabaron por determinar su herejía por medio de una condena inflexible. El Inquisidor general determinó la excomunión mayor lo cual conllevaba la pena de cárcel por un año. Pasado el tiempo de prisión fue reclamada para que renunciase a sus perspectivas heréticas a lo cual se negó ferreamente y fue condenada por relapsa. Esto supuso un terrible revés contra Margarita Porete, porque conllevaba el castigo de ser quemada viva. La pena se cumplió en París, el 1 de junio de 1310, en la plaza que había frente al Hôtel de Ville.

Su ajusticiamiento se justificó porque el alegato que mantenía Margarita sobre la salvación del alma era completamente divergente al que defendía la estructura de la Iglesia. Margarita justificaba que el conocimiento del Amor infinito, solo podía proceder del Amor que partía del alma desnuda, sin ataduras, que de ese modo va perfeccionando la racionalidad y la espiritualidad de los creyentes. Por ello, se podía llegar a abandonar el uso de las virtudes y de los valores morales, siempre en busca de una libertad extrema, por medio de la cual se podía alcanzar el Amor absoluto hacia Dios.

Los estudios recientes mantienen que todo en la vida de Margarita Porete resulta sorprendente. Aparece como especialmente curioso que una beguina, de una región apartada en la frontera con Bélgica, mantenga la atención de las altas instancias eclesiásticas que, además, no consideran suficiente la condena de su obispo. Igualmente no parece lógico que, durante su juicio, la parte acusatoria la llevaran altos funcionarios de la Corona, auxiliados por una pléyade de reputados teólogos, que, curiosamente, son los que por ese tiempo intervinieron en la condena generalizada que se dictó contra los templarios. Por último, fueran dichos teólogos los que tiempo después, basándose en el libro de Margarita, dictaron una orden de disolución y condena contra el beguinato, por medio de un decreto llamado: *Cum de quibusdam mulieribus*. Pero lo más sorprendente es que, durante más de un año, Margarita Porete resistió a todo tipo de presiones sin contestar a nadie, de modo que parecía emular sus propias conjeturas, como se puede leer en un capítulo sobresaliente del Espejo, cuando nos dice: “*El alma libre, si no quiere, no responde a nadie que no sea de su linaje...*”.

Llegados a la Baja Edad Media, comenzaremos nuestra alocución por Cristina de Pisán, una mujer a la que correspondió vivir una existencia ritmada a golpe de campanas, pues así se comunicaban en su época todo tipo de acontecimientos, sobre todo los luctuosos, y, ciertamente, no fueron pocos los que hubo de conocer. Uno de los principales, que además llevaba consigo el preámbulo de un camino nuevo por el que discurriría su vida literaria, se produjo el 16 de septiembre de 1380. Ese día moría el rey Carlos V de Francia, lo cual conmocionó a todo el país y, especialmente, trajo la consternación a la familia de los Pisán.

Pero tornemos unos años atrás para conocer que, en un viaje que el citado rey llevó a cabo por el norte de Italia, conoció en Bolonia al patriarca familiar, Tomás de Pisán, que desarrollaba sus funciones como médico y astrólogo, y que fue contratado para acompañar a un nutrido grupo de ilustres eruditos que ya desarrollaban su trabajo en la corte del rey francés. Tomás y su familia se trasladó a París, donde fueron muy bien recibidos y llegaron a vivir en la Torre Barbeán, a las orillas del Sena. Todo

ello supuso para Cristina, el desarrollo de una infancia feliz en medio de una vida familiar complacida. La pubertad dio paso a un matrimonio temprano con Etienne Castel, joven funcionario de la Corte, que pronto ascendió y llegó a ser notario y secretario real. Por ello, el trance que representó la muerte inopinada del rey Carlos supuso para el conjunto de la familia Pisán un duro golpe, que ella misma definiría en las páginas de su autobiografía titulada: "*L'Avisión Cristine*", como: "la apertura de la puerta de los infortunios y yo misma, siendo aún muy joven entre por ella".

Un mundo de tinieblas fue a cernirse sobre el territorio franco al completo. Desde los primeros disturbios ocurridos durante los funerales del rey, se suceden los acontecimientos nefastos, como los terribles levantamientos populares generados por las noticias que hablaban de la supresión del impuesto real que había dictado el rey fallecido poco tiempo atrás. Lo cierto es que el nuevo monarca, Carlos VI, encontró un París muy revuelto y un tesoro real completamente esquilmando debido al gran dispendio que se había realizado con motivo de la liberación del rey Juan II secuestrado por los ingleses.

Todos estos acontecimientos en nada favorecían a los Pisán que veían peligrar su cómodo desarrollo vital y como consecuencia, su futuro. Así pues, sin asignación económica fija y con todos los enemigos que se había granjeado dada su cercanía al antiguo monarca, Tomás de Pisan apenas podía sostener a su familia, que, de hecho, sobrevivía gracias a la aportación que recibían del joven yerno, que afortunadamente habían conseguido conservar el cargo. De esta suerte, las preocupaciones y privaciones llevaron a un fatídico desenlace en un proceso que se consagra con la muerte de Tomás en 1384. La propia Cristina describe aquellos años como de abandono, en los que su padre, nos dice, sufrió una larga "impotencia y enfermedad".

Pocos años después la muerte alcanza de nuevo la familia Pisán llevándose de forma inopinada al esposo amado. Etienne murió durante un viaje en 1390 y la diosa Fortuna, abandonó definitivamente la custodia de esta joven de veinticinco años que se encontró de repente soportando toda la carga de una familia amplia, que está compuesta por su madre, sus dos hermanos, sus tres hijos y una sobrina pobre. Cristina consigue que sus hermanos se trasladen de regreso a Bolonia a probar suerte con algunos intereses que aún mantiene la familia en aquella ciudad, mientras ella debe asegurar el pan cotidiano, por lo que empieza una serie de procesos judiciales por medio de los cuales intenta recuperar algunas cantidades que se adeudaban al esposo. Dichos procesos llegaron a ocupar trece años de su vida, sobre todo debido al desconocimiento que la joven viuda tenía de los negocios de su esposo, junto con la indefensión absoluta que conllevaba en la Edad Media su situación como mujer y viuda.

Pasa el tiempo y siente en su espíritu todas las afrentas. Los mejores años de su vida se escapan intentando que se haga justicia, a la vez que se siente como una mosca en una tela de araña. La pregunta que se suscita en este momento es: ¿Cómo pudo una mujer como Cristina, joven, pobre y abandonada, pasar la terrible experiencia sin caer en la mayor de las tristezas o de las amarguras? La respuesta es, porque tenía un arma secreta, una solamente, pero completamente espiritual: la poesía.

El año de la muerte de su esposo, Cristina había participado en un concurso poético y su balada había sido bien recibida, encontrando de este modo una vía de escape a su desconsuelo. A partir de ese momento, y a pesar de encontrarse completamente

descorazonada, se entrega por completo al consuelo de la literatura poética y consigue crear una obra lírica sobre las viudas y en la que proyecta todo su desconsuelo. A esta le sigue otra, y posteriormente algunas más. La mayor parte se basan en la descripción de hechos dolorosos, junto con algunos cantos amorosos y alegres.

Pero la poesía no llena las arcas familiares, bastante exiguas en esos momentos, por lo que se ve obligada a hacer miniaturas para códices, un oficio en el que pronto destacará debido a su gran profesionalidad lo que le llevó en pocos años a dirigir un taller de pintores. Los encargos provenientes de miembros de la corte van llegando lentamente, lo cual facilita que sus obras poéticas sean rápidamente conocidas. Además contaba con el apoyo de la reina Isabel, esposa de Carlos VI.

En sus poemas y bebiendo de los tesoros de la inspiración cortesana, Cristina alterna los papeles de Dama y Amante lo que permite que sondee todos los temas del amor: el mal de la ausencia, la esperanza, la espera vana, la ruptura, los reproches, el furor contra los falsos amantes y otros muchos argumentos que le permitirán recorrer un camino transitado por multitud de personas, que acabarán llegando a un lugar donde encontrarán la felicidad o a la desdicha de amar.

Sus poemas empiezan a ser celebrados, y su fama atraviesa el Canal de la Mancha, de modo que el nuevo rey de Inglaterra, el usurpador Enrique IV de Lancaster, que acaba de deponer a Ricardo II, la llama para que se instale en su corte y pueda seguir escribiendo sobre la dulce amargura del amor y de este modo dé un diferente tono cultural a su séquito. Cristina rechaza su ofrecimiento, porque no desea involucrarse en aventuras políticas, y aún menos, lejos de su patria.

En ese tiempo, una polémica intelectual viene a ocupar sus horas. Por aquellos años primeros del siglo XV se leía con complacencia una novela muy conocida que llevaba por título: "*Le Román de la Rose*". Era el producto final de dos autores diferentes. La primera parte era debida a la pluma de Guillaume de Lorris y se componía de 22.000 versos octosílabos. La segunda parte estaba realizada por un profesor de la Universidad de París, llamado Jean de Meung, que igualmente utilizó una larguísima composición de más de 18.000 versos.

La primera parte fue escrita hacia 1245 y es la obra del amor cortés por excelencia, puesto que reúne todos los temas de la lírica amorosa y en ella el poeta, por medio de un sueño, entra en un jardín donde florece una rosa que es el verdadero objeto de su deseo. Ayudado por un personaje llamado Buena Acogida deberá vencer a un nutrido número de enemigos como Peligros, Celos o Mala Boca. El poema acaba bruscamente en el momento en que el amante pone cerco al castillo de Celos. Cincuenta años más tarde, entre 1275 y 1280, el citado universitario Jean de Meung continúa con el relato, pero lo hace para profesar un gran desprecio hacia la mujer, ya que plantea que el Amor no es sino la satisfacción de los instintos, especialmente los del varón. Consiguientemente, logra darle la vuelta al objetivo de la novela y de esta manera, la demanda amorosa deja paso al Intelecto, a la Razón, no permitiendo que haya lugar, ni a la sensibilidad ni a la imaginación, ni mucho menos para el Amor.

Nos encontramos ante el triunfo de la disertación doctoral y de la Universidad frente a la trova del corazón y del sentimentalismo. De modo que Jean de Meung pasa a ser un docto maestro a imitar por muchos aventajados alumnos de la misoginia. Y será a este personaje tan valorado, tan unánimemente halagado, que encarna una

equivocada visión masculina del Amor, al que Cristina de Pisán se atreve a criticar por medio de la publicación en 1399 de su: “*Epístola al Dios Amor*”. Por medio de este estupendo análisis presenta las reivindicaciones de las mujeres, sus sentimientos y sus anhelos, igual que hizo con anterioridad en sus baladas a favor de las viudas. Se queja en su epístola de los falsos amantes, pero sobre todo de los hombres ilustrados que se aprovechan de su inteligencia para insultar a las mujeres. El Dios Amor de Cristina se contrapone al Genio del Intelecto de Meung, que mantiene que se ha concebido a la mujer como motivo de distracción para el hombre.

La publicación de la epístola conlleva una agria polémica en los círculos intelectuales de París, con ilustres personajes como Jean de Montreil y Gontier Col, a favor de la misoginia flagrante de Meung, mientras que al lado de Cristina de Pisán se sitúan algunos personajes de temple muy distinto, entre los que destaca Jean de Gerson, y que la apoyaron con tanta resolución que la polémica prendió no solo en la ciudadanía sino en la propia Corte, lo que propició que se crease la Orden de la Rosa para salvaguarda del honor femenino. Al mismo tiempo se nombró a Cristina guardiana de la Orden, lo que le dio un elevado impulso a su afirmación como escritora.

Por aquellos tiempos, Cristina recibe del Duque de Borgoña el encargo de escribir las memorias del rey Carlos V, que llevarán el título: “*Libro de los Hechos del sabio rey Carlos*”. Esta obra implica dos cuestiones, la primera el triunfo como reconocida escritora, que parte de la segunda razón, la confianza que se tiene en su calidad literaria. Son años de arduo trabajo que sirve para crear nuevas propuestas literarias, entre ellas su propia biografía titulada: “*L’Avisión Cristine*” que es publicada en 1405. El mismo año publica su trabajo maestro: “*Livre de la Cité des Dames*” o “*Libro de las Ciudad de las Mujeres*”.

Centraremos la atención en el segundo de las monografías citadas. Comienza el libro en media de la aflicción de la autora que, después de concienzudas lecturas de todos los sabios e historiadores anteriores a su tiempo, llega a la conclusión del escaso valor que tienen las mujeres, por lo que consigue tomar conciencia de la desgracia que supone haber nacido mujer y llega a reprocharle a Dios el haber creado seres tan poco valiosos y carentes de virtud, que más parecen monstruos de la naturaleza que seres humanos, sobre todo si los comparamos con la supuesta perfección que se le atribuye al género masculino.

Cuando ya no puede más porque se encuentra hundida en unos terribles y descorazonadores pensamientos se le aparecen tres maravillosas mujeres, llamadas: Razón, Rectitud y Justicia. La escritora las recibe con alegría y conversa con ellas largamente, convenciéndose, poco a poco, que las mujeres, por el hecho de serlo, no están predisuestas al vicio ni son débiles, ni, mucho menos, son perversas por naturaleza. Son los hombres quienes a lo largo del tiempo, desde su espacio dominante, las han pintado así.

Cristina, incitada y apoyada por las tres damas, decide, por medio de sus escritos, fundar una hermosa ciudad donde tengan cabida todas las mujeres. Utiliza su inteligencia como un gran mazo que derriba murallones generados por las falsas creencias sobre las mujeres. A la vez, el mazo destructor se transforma en herramienta que sirva para construir robustos muros, bellos palacios y amplias calles. Los materiales para tan magna obra provienen de los ejemplos de las mujeres amables, virtuosas y

sabias. De este modo se va construyendo una ciudad habitada por todo tipo de damas guerreras, científicas, reinas, poetisas o artesanas, todas ellas se enfrentan con las armas de sus virtudes a las viejas mentiras de los hombres.

Posiblemente esta obra de Pisan halló la inspiración en “*De mulieribus claris*” de Bocaccio, escrita entre los años 1360-62, aunque no siguió fielmente los modelos propuestos. Al mismo tiempo, fueron múltiples las fuentes que consultó para organizar una genealogía de todos las grandes mujeres del pasado, porque las puertas de la ciudad no solo estaban abiertas a las mujeres modélicas, si no a otras que siempre fueron consideradas ejemplos de vicios femeninos, como Semiramis, que aparecen morando en la Cité des Dames. Semiramis fue hija de una diosa siria llamada Derceto, que poseía el rostro de mujer y el cuerpo de un pez. Derceto, después de traer al mundo a Semiramis, la abandonó en el desierto con el fin poco disimulado de lograr su muerte. Un pastor la encontró y la cuidó y, después de muchos avatares, llegó a ser la fundadora del Imperio de Babilonia, en el año 2189 a.C. Por ello aparece en este extraordinario volumen como ejemplo de entereza de ánimo, de mujer sola que logra los triunfos más destacados, en definitiva, de la autonomía femenina.

Cristina abandona en esta obra, al menos puntualmente, la idea que mantuvo en el discurso de su trabajo: “*Livre de la Mutation de Fortune*”, divulgado dos años antes. En dicha publicación desarrolla un deseo de transformación en varón, para llevar a cabo un trabajo propio, casi en exclusiva, de los hombres de su tiempo: la escritura. Así pues intenta recomponer la imagen femenina por medio de la combinación de la argamasa fructífera, propia de la fuerza, y de la tinta, más adecuada al intelecto. Ambas virtudes también aparecen como propias del género femenino.

Pero, fuera de su dificultoso trabajo intelectual, la vida continua y no con la placidez que sería deseable. Carlos VI, después de varios años de trastornos, pierde la razón definitivamente y se desatan una serie de conflictos que oscurecen el panorama político de Francia. El 23 de noviembre de 1407, Luis de Valois, duque de Orleans es asesinado en las calles de Paris por orden de Juan sin Miedo, duque de Borgoña. Ambos habían jurado una reconciliación solemne en la corte de Francia, apenas tres días antes del deplorable suceso. Este hecho dio lugar a un periodo sombrío que propiciará la invasión de Francia por el rey Enrique V de Inglaterra en otoño de 1415, después de la inopinada derrota francesa en la batalla de Azincourt.

Paris pasó a convertirse en la representación perfecta de un escenario caótico. El desollador Caboche o el verdugo Capeluche son los primeros actores de las intensas sesiones teatrales de destrucción, tortura, venganzas, masacres, saqueos y crímenes en que se ha convertido la capital francesa y junto a ella la política del reino. En medio del marasmo, Cristina redacta su alegato: “*Livre de la Paix*”, que dedica a Carlos, Delfín de Francia y Duque de Guyena, que habría de ser el futuro Carlos VII.

El río de la política se va enturbiando aún más con el paso del tiempo, mientras nuestra autora continúa escribiendo unas apasionadas cartas dedicadas a las desconsoladas viudas, producto del desquiciamiento asesino y de los graves desordenes. A estas letras les pone por título: “*Horas de contemplación sobre la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*”. No es una obra literaria de entretenimiento sino una suerte de oración, un nexo de unión con Jesucristo en su sufrimiento. En realidad, unas hermosas páginas que demuestran el estilo florido, a la vez que altamente erudito, que tenía

nuestra protagonista. Todo a su alrededor parecía arruinado, económica y espiritualmente, además de sin esperanza futura, cuando una luz tenue pero consistente surge en medio de la noche. Es la figura de Juana, la Doncella, que viene de la nada para levantar el asedio de Orleans, la llave del reino. Efectivamente, la suerte de Francia se desarrolla alrededor de Orleans.

Juana a los trece años había recibido unas revelaciones, que ella identificó como provenientes de San Miguel, Santa Catalina de Alejandría y Santa Margarita de Antioquía, por medio de las cuales obtenía indicaciones para la defensa y liberación de Orleans. Cristina canta a la niña libertadora: “*Tu Juana, en buena hora nacida. Bendito sea aquel que te creó. Doncella del Dios ordenador*”.

Son los últimos años de la vida de Cristina de Pisan, y en ellos encuentra colmados sus sueños de hallar por fin a la mujer luchadora, digna de encarnar al modelo de la habitante de la Cité des Dames. Juana es, por excelencia, la mujer sola, la doncella exenta de esa debilidad que, poco a poco, ha desacreditado y arruinado el prestigio de muchas damas, entre ellas la reina de Francia, Ana de Bretaña, que en aquellos momentos representaba un personaje lleno de subterfugios, que anda con constantes rodeos, de modo que da su apoyo a unos y a otros contendientes. Juana es la antítesis, porque representa un patrón de perfección, aparte de que va más allá que la mítica Semiramís, es, tal como se ha dicho, el tesoro mismo de la Ciudad de las Damas.

Juana camina entre la soldadesca turbulenta que no conoce comedimiento ninguno, y lo hace porque se ha impuesto a todos por medio de su pureza y puede exigir a los otros esa rectitud de la que ella misma da testimonio cada día. En otras páginas dice Cristina sobre la doncella de Orleans: “He aquí una mujer, simple pastora, más valiente que ningún hombre de Roma”.

Hacia 1430, llega el momento de la muerte de la poetisa durante la alegría de la victoria sobre los ingleses. Esto le ahorrará los sufrimientos, si hubiese conocido las injusticias que habrá de padecer Juana, tras la coronación de Carlos VII, que finalmente la llevaron a ser juzgada y quemada por hereje en Ruan, el 30 de mayo de 1431.

Se podría acabar este análisis sobre Cristina de Pisan con algunos testimonios autorizados. En primer lugar unas palabras de una de sus especialistas, Liliane Dulac, que en su estudio sobre la “*Ditié de Jeanne d’Arc*”, nos ofrece una frase que se puede aplicar tanto a Cristina, como a la joven doncella: “Después de tu muerte vendrá el príncipe lleno de valor y sabiduría que por el contacto con los textos lamentará que tus días no hayan transcurrido en su tiempo, y deseará con vehemencia el haberte conocido”. Del mismo modo la novelista Simone de Beauvoir, en su libro: “*El segundo sexo*”, publicado en 1949, le dedica a Juana unas líneas donde reconoce que: “es la primera vez que vemos a una mujer tomar la pluma en defensa de su sexo”. Tal vez por medio de estas palabras se justifica la idea de que Cristina de Pisan fue la primera feminista de occidente.

Para finalizar trataremos la figura de Isabel de Villena, nacida Leonor Manuel de Villena, cambió su nombre cuando a los 15 años ingreso en el convento de las clarisas de la Santísima Trinidad de Valencia, ciudad en la que había nacido en 1430. Hija natural de Enrique de Villena, no se conocen con claridad los datos referentes a su madre, ni a los primeros años de su existencia. Por el contrario está suficientemente contrastado su ingreso en el convento y su posterior elección como abadesa

perpetua a la edad de 32 años. Dicha elección no estuvo exenta de polémica, debido a unos hechos misteriosos que decantaron la balanza hacia la persona de Sor Isabel, tal como nos relata, entre otros historiadores, el padre José Antonio Herrera en su *Crónica Franciscana de Aragón*. Según el Padre Herrera en medio de la elección entraron unos demonios en la Sala Capitular en forma de ejército dispuestos a apoyar a las monjas contrarias a Sor Isabel, pero la oportuna intervención de San Miguel, patrón del monasterio, hizo huir a las milicias infernales, a la vez que comunicaba a las religiosas que la elección de sor Isabel de Villena era designio divino.

La abadesa fue la gran representante femenina de la literatura medieval de la corona aragonesa. Los diferentes autores que han estudiado sus escritos le han atribuido una extensa obra de temática diversa, que posteriores estudios han reducido a un solo tratado: "*Vita Christi*". Así pues, a comienzos del siglo XVIII se le atribuía la autoría de un volumen titulado: "*Speculum animae*". Según el estudioso Agustín Sales, que lo vio en 1761, estaba conservada con veneración, pero maltratado por el uso y al cual, según la continuada tradición del convento, lo consideraban obra de Sor Isabel. A comienzos de los años 90 del siglo XX, se llegó a la conclusión que el citado *Speculum*, era de comienzos del siglo XVI, pero que la refinada formación de la Abadesa de la Santísima Trinidad, así como su notable tradición piadosa que existía sobre dicho tomo, habían conseguido que se lo adjudicaran a nuestra autora.

El monasterio de la Santísima Trinidad tenía como dignidad abacial, el uso del báculo y la posibilidad de dirigirse a la comunidad por escrito y también oralmente, había llevado a que se le atribuyera la escritura de algunos: *Tractats* y *Sermons*. Entra, pues, dentro de lo posible que sor Isabel no solo preparase algunas prédicas destinadas a sus monjas, sino que entre estos materiales se pudiese encontrar el germen de lo que después sería su monumental *Vita Christi*.

El *Vita Christi* es un libro biográfico y contemplativo que se despliega en una sucesión cristiana de aspectos teológicos y ascéticos, partiendo de comentarios minuciosos de todos los pasajes del Evangelio. Los episodios que narran los hechos cotidianos se presentan envueltos en un realismo colorista que proporciona al lector unas imágenes sentidas y conocidas.

Por otro lado, el *Vita Christi* tiene la bondad de presentar a la mujer en unión directa con Jesucristo y con la Virgen María. Lo cual hace de este libro, en muchos de sus pasajes, un alegato en defensa de las mujeres que implícitamente, como veremos más adelante, denuncia la misoginia dominante en la literatura medieval. Dicha actitud se puede ver en la obra: *L'Espill* de Jaume Roig, publicada en 1460, donde el autor habla a su sobrino Baltasar Bou y le explica como las mujeres le han maltratado. Del mismo modo le manifiesta que lo que conviene a los hombres es vivir al margen de ellas, si se quiere obtener la sabiduría. Unos años más tarde, Joanot Martorell, daba a la imprenta su *Tirant Lo Blanch*, que es considerada una obra que se desarrolla en la misma línea ideológica. Por ello, Isabel de Villena, intenta dar la réplica a estos autores en algunos de sus capítulos. Tal vez uno de los más significativos sea el número 118, donde nos relata: "com la gloriosa Magdalena, llançant de si tots los arreus plora de cor los peccat seus". En este capítulo se habla de la conversión de la Magdalena, como modelo de mujer contemplativa que se convierte y se entrega totalmente al amor de Jesús.

Para Isabel de Villena, la mujer es el reflejo del amor según nos dice en otro párrafo: “aquella insigne ciutat nomenada Amor, qui es la principal en lo regne de l’ànima se trova situada e fundada sobre aquella muntanya que es el cor de la dona virtuosa e amable”. Estos versos que, en un principio, podrían parecer que poseen reminiscencias cortesananas del *Castell d’Amor* o de *La Joiosa Guarda* de Jaume March, se revelan en sor Isabel como un símbolo de la superioridad espiritual y moral del sexo femenino, destacando la maternidad, que dota a la mujer de una particular capacidad de amar.

En 1957, Joan Fuster opinaba que sor Isabel estaba decidida a hacer de su libro una exaltación nada velada de su género y que su propósito es presentar a las mujeres en una vinculación directa y excepcional con el mismo Jesús redentor. Se puede efectuar un itinerario a través del *Vita Christi* que avalará esta visión de la obra. Comenzaremos por el capítulo 112, donde la abadesa habla de los milagros realizados por Jesús, gracias a los méritos de una mujer, María, señora y patrona de las mujeres. El primero de estos milagros es el de las Bodas de Canná, cuando, por intercesión de su madre, realiza la conversión del agua en vino. El segundo milagro es la resurrección del hijo de la viuda de Naín, donde pone en boca de Jesús: “Yo so cert que el amor de la mare per natura es de tanta fortaleza que avans desaja morir que veure la mort de ningún fils, per molts que en tenga”.

De los siguientes milagros se destacará el de la hija del príncipe de la Sinagoga (capítulo 117). Jesús lo hace, porque: “la curaçió demanada auría de esser feta en dona que la sabría regoneixer e estimar e molt regraciar”. Pero quizá uno de los más significativos, tal como apuntábamos con anterioridad, sea la conversión de Magdalena. Sor Isabel no acepta las versiones que hacen circular predicadores tal como San Vicente Ferrer o Francesc de Eiximenis, sobre la mala vida de esta mujer, sino que las atribuye a la maledicencia y a la envidia de unos y otros. Magdalena reacciona con nobleza a todas las acusaciones y se enamora espiritualmente de Cristo con tal fuerza que se convierte un modelo de caridad, transformando el capítulo 119, en una plegaria de contrición y un canto de amor penitente, que la llevará a ser una dama devotísima que hace evidente la malicia de los hombres que pretenden ser más piadosos y eruditos, y solo lo son sobre el papel.

Se puede continuar con otros pasajes, como la historia de la mujer samaritana a la que Jesús pide agua del pozo o aquella fervientísima mujer cananea que es presentada como un ejemplo de humilde tenacidad; sin olvidar el capítulo que narra el triunfo del amor y de la misericordia frente a la crueldad hipócrita de los hombres que detentan el poder. Del mismo modo, se recurre a la hermosa historia de la pobre viuda que en el templo ofrece a Dios todo lo que tiene, dos monedas de escaso valor, y es menospreciada por los poderosos sacerdotes y rabinos. Sin embargo, Sor Isabel la considera como un exponente de la devoción y de la generosidad de las mujeres ante la arrogancia masculina. No olvida nuestra autora la figura de Eva, ni la de la Virgen María como mantenedora, esta última, de la fe del colegio apostólico en los momentos de crisis.

El libro culmina con la apoteosis final de la Coronación de la Virgen María como emperatriz de cielo y tierra, pasando a ser potencial mensajera entre Dios y los hombres, intercesora del género humano y distribuidora de las gracias divinas. En de-

finitiva, lo que procura la abadesa de la Santísima Trinidad es oponerse a la rancia tradición que define a la mujer como la puerta del infierno, nacida para engañar a los hombres, monstruo de lujuria y antología de abominaciones. Y lo hará con una visión cristiana de la dignidad femenina, mostrando y demostrando que con el Evangelio en la mano que Cristo había elegido las cosas más débiles del mundo, como es el caso de las mujeres, para poner en ellas su amor, con gran confusión de los caballeros mundanos.

Así pues, para finalizar esta conferencia, y a modo de resumen, se puede decir que las mujeres, con la colaboración de sor Isabel, son loadas de manera sistemática por Jesús, el hombre de mayor autoridad, y lo son, porque tienen amabilidad, caridad, piedad y humildad, todas ellas virtudes maravillosas, pero enteramente antagónicas con las integridades machistas, exaltadas en la época.

Igualmente se puede afirmar que, durante la Edad Media, fueron muchas las mujeres que procedentes de las capas altas de la sociedad burguesa o noble, prefirieron, como hemos visto, tomar el camino de la independencia. Unas en el convento, otras en el beguinato, algunas, desde la desolada viudedad, y, desde ese estado, acceder a la lectura de textos, a la escritura, en definitiva a la Cultura, y gracias a ello, encontrar una nueva forma de serenidad espiritual.

Los testimonios escritos por estas mujeres son algunos de las manifestaciones femeninas de amor más conmovedores que se conocen. Desgraciadamente, algunas de estas obras han estado ocultas o subestimadas durante mucho tiempo. Es, en nuestros días, cuando, gracias al redescubrimiento de estas místicas y la renovación del interés manifestado por sus obras, parece llegado el momento de despertar de un largo sueño. Pesadilla que se explica por diferentes razones, en particular por la misoginia ampliamente extendida en la Edad Media y por el énfasis que los escolásticos pusieron en el Intelecto simbolizado por el hombre, a expensas de la imaginación y de los sentidos considerados como potencias inferiores, simbolizados por la mujer. Encontramos, pues, en los escritos revisados, el primado del Amor sobre el Intelecto que marcará el fin de la Edad Media y el advenimiento de los tiempos modernos, el triunfo de la pasividad en el Amor Supremo. Es esta pasividad la que simplifica el alma liberándola en los deseos múltiples y uniéndola a Dios, en el “no querer”, que es el querer en él.

Todas estas autoras fueron un espejo o “speculum” para las mujeres de su tiempo, porque Espejo era el nombre que, en la Edad Media, se aplicaba a las obras de carácter didáctico, moralista o ascético por medio de las cuales se enseñaba a vivir con espiritualidad y libertad. Así, podrían ser diferentes a las mujeres de las que nos habla Natalia Ginzburg: “que son silenciosas, solitarias, a menudo resignadas y aturdidas que contemplan sus pequeñas vidas vacías e incoloras, mujeres que asoman de vez en cuando a la luz para enseguida reintegrarse a la sombra en la que siempre han vivido. Instaladas en el reducido ámbito de lo doméstico, sueñan con tener su propia casa y preparan el ajuar sin demasiada convicción, dispuestas como están a aceptar un matrimonio sin amor, y mientras tanto asisten con perplejidad al ir y venir de los hombres, caprichosos, contradictorios e inconstantes, cuando no mezquinos y cobardes”.

Mujeres que sirvieron de espejo donde podía contemplarse todas aquellas otras mujeres que deseaban mejorar una vida agotada por la indolencia, por la falta de fu-

turo, a la vez que acosada por la misoginia. Salir del camino sin luz, y, en el mejor de los supuestos, sentirse traspuestas por el Amor Supremo y, por medio de él, ascender hacia el resplandor perpetuo que aportaba lo espiritual. Mujeres que fueron modelo porque con sus obras lanzaron una invitación a la comunidad femenina para que se mirasen en ellas y se acercasen de ese modo a una realidad admirada.

Es por ello que tal vez, utilizando palabras de Emile Zum, sea urgente para nuestra civilización, inmersa en un activismo feminista desenfrenado hacia posturas tremendistas y muy arbitrarias, redescubrir la importancia de esta forma femenina de amar, que nos ayudará a reencontrar de nuevo un equilibrio a la vez espiritual y humano. Apoyándose en la dimensión excepcional que la experiencia religiosa le aporta consigue desbrozar la vía hacia una intuición más profunda de los valores femeninos. Amar sin disimulos, sin condiciones, amar puramente.

BIBLIOGRAFÍA

- AMBERES, Hadewijch de: *Dios, Amor y Amante*. Madrid, Ediciones Paulinas, 2004.
- BEAUVOIR, Simone de: *El segundo sexo*. Editorial sudamericana, 2002.
- CIRLOT, Victoria y GARI, Blanca: *La mirada interior. Escritoras místicas y visionarias de la Edad Media*. Madrid, Editorial Siruela, 2008.
- DRONKE, Peter: *Las escritoras de la Edad Media*. Barcelona, Editorial Crítica, 1995.
- FERRER, Sandra: *Mujeres silenciadas en la Edad Media*. Madrid. Punto de vista Editores. 2016.
- FUSTER, Joan: “Jaume Roig y sor Isabel de Villena”, *Revista valenciana de Filología*, V (1955-58), pp. 227-260.
- GUINZBURG, Natalia: *Las pequeñas virtudes*. Editorial Acanalado, 2018.
- HERRERA, José Antonio: *Crónica real seráfica del Reyno y Santa Provincia de Aragón de la regular observancia de Nuestro Padre San Francisco*. Zaragoza. Impresor Diego de Larumbe, 1705.
- KEUL, Hildegund: *Matilde de Magdeburgo. Poeta, beguina, mística*. Barcelona, Herder Editorial, 2016.
- MAGDEBURGO, Matilde de: *La Luz que fluye de la Divinidad*. Barcelona, Herder Editorial, 2016.
- PERNAUD, Regine: *Cristina de Pizán*. Barcelona, Medievalia, 2000.
- PERNAUD, Regine: *Hildegarda de Bingen. Una conciencia inspirada del siglo XII*. Barcelona, Editorial Paidós, 1998.
- PORETE, Margarita: *El espejo de las almas simples*. Edición de Victoria Cirlot y Blanca Garí. Madrid, Editorial Siruela, 2005.
- SWAN, Laura: *The Wisdom of the Beguines. The Forgotten Story of a Medieval Women's Movement*. United Tribes Media Incorporated, 2014.
- VILLENA, Isabel de: *Vita Christi*. Selección y edición de Albert-Guillem Hauf i Valls. Barcelona, Ediciones 62, 1995.
- ZUM BRUNN, Émilie y EPINEY-BURGARD, Georgette: *Mujeres Trovadoras de Dios. Una tradición silenciada de la Europa medieval*. Barcelona, Editorial Paidós Ibérica, 2007.